

En aquel momento Napoleón parecía entrever con horror, no la muerte, que estaba muy acostumbrado á desafiarse para temerla, sino un suplicio infame. Echando de ver por fin que la conversación había durado demasiado, y excusándose de haber detenido tanto tiempo á Mr. de Caulaincourt, se despidió de él con las más afectuosas demostraciones, repitiéndole que le mandaría llamar así que le necesitara. Mr. de Caulaincourt le dejó vivamente afectado por todo lo que había oído, y persistiendo en considerar esas largas recapitulaciones y esos juicios supremos sobre él y sobre los demás como una despedida de las esperanzas, pero no de la vida. Sin embargo, se equivocaba, pues Napoleón había creído despedirse de la vida con todas aquellas expansiones, y en efecto acababa de tomar la resolución extraña y poco digna de él de poner un término á su existencia. Los caracteres muy activos sienten rara vez el hastío de la vida, pues la ocupan demasiado para caer en la tentación de renunciar á ella. Napoleón, que ha sido uno de los seres más activos de la naturaleza humana, no tenía, pues, ninguna inclinación al suicidio; y hasta le despreciaba como una irreflexiva renuncia á los cambios del porvenir, siempre tan numerosos y tan imprevistos para todo el que sabe soportar la carga pasajera de los malos días. No obstante, en toda adversidad, aun en aquellas que se sufren con más valor, hay momentos de abatimiento, en que el espíritu y el carácter se doblegan bajo el peso de la desgracia. Napoleón, en aquel día, tuvo uno de esos instantes de insuperable desfallecimiento. Una vez firmado el tratado relativo á su familia, en el cual estaba comprometido el honor de los soberanos; una vez asegurada á sus ojos la suerte de su hijo, de su mujer y de los suyos, creyó haber cumplido sus últimos deberes. Por otra parte, le parecía que para las personas de honor su muerte podía dar á los compromisos acabados de contraer un carácter más sagrado, y que cesando de temerle cesarían de odiar.

Juzgando así su carrera concluida, no comprendiendo su situación en un islote del Mediterráneo, donde no haría más que respirar el aire abrasador de la Italia; no contando siquiera con el recurso de los afectos de familia, pues en aquel instante de siniestra previsión adivinaba que no le dejarían ni su hijo ni su mujer; humillado por tener que firmar un tratado cuyo carácter era enteramente personal, y por decirlo así pecuniario; capsado de oír todos los días el ruido de las maldiciones públicas, y viéndose con horror entregado á los ultrajes de una odiosa plebe en su viaje á la isla de Elba, cobró aversión un momento á su existencia, y resolvió recurrir á un veneno que guardaba hacía algún tiempo para ese último caso. En Rusia, al día siguiente de la sangrienta batalla de Malo-Jaroslavetz, después de la repentina irrupción de los cosacos, que puso en peligro su persona, había entrevisto la posibilidad de caer prisionero de los rusos, y había pedido al doctor Iván una fuerte porción de opio para substraerse al insostenible suplicio de adornar el carro del vencedor. El doctor Iván, comprendiendo la necesidad de una precaución semejante, le había preparado la poción que le pedía, y había tenido cuidado de encerrarla en una bolsita, para que siempre pudiera llevarla consigo. De vuelta en Francia, Napoleón no quiso destruirla, y la había metido en su saco de viaje, donde se encontraba actualmente.

De resultados de las terribles reflexiones de aquel día, considerando asegurada la suerte de los suyos, y no creyendo comprometerla, eligió la noche del 11 de abril para concluir con las penalidades de la vida, que ya no podía soportar más, después de haberlas buscado con tanto empeño, y sacando de su neceser la temible poción, la disolvió en un poco de agua, la bebió, y después se dejó caer en su lecho, donde creyó dormirse para siempre.

Dispuesto á esperar los efectos del veneno, quiso dar aún un postrer adiós á Mr. de Caulaincourt, y sobre todo expresar sus últimas intenciones relativamente á su mujer y á su hijo. A eso de las tres de la mañana le mandó llamar, y excusándose por tanta incomodidad, le dijo que tenía que añadir algunas instrucciones importantes á las que ya le había dado. Su rostro apenas se distinguía al escaso resplandor de una luz moribunda, su voz era débil y estaba alterada. Sin hablar de lo que había hecho, tomó de debajo de la almohada una carta y una cartera, y presentándolas á Mr. de Caulaincourt le dijo: «Esta cartera y esta carta son para mi mujer y mi hijo, y os ruego que se las entreguéis en propias manos. Mi mujer y mi hijo tendrán mucha necesidad de los consejos de vuestra prudencia y vuestra probidad, pues su situación va á ser bien triste, y os ruego que no los abandonéis. Este neceser (le mostró el neceser de viaje), es para Eugenio. Diréis á Josefina que he pensado en ella antes de dejar este mundo. Tomad este camafeo, que guardaréis en memoria mía. Sois un hombre honrado, que habéis procurado siempre decirme la verdad... Abracémosnos.» A estas últimas palabras, que no podían dejar ninguna duda sobre la resolución tomada por Napoleón, Mr. de Caulaincourt, aunque no era hombre que se conmovía fácilmente, cogió las manos de su soberano y las bañó con sus lágrimas. Cerca de él vio un vaso que presentaba aún las señales de la bebida mortal. Interrogó al emperador, quien, por toda respuesta, le suplicó que se contuviera, que no se separase de él y que le dejara morir en paz. Mr. de Caulaincourt quería salir á pedir socorro. Napoleón, primero suplicando y luego en tono de autoridad, le prescribió que no lo hiciera, que no quería un escándalo y sobre todo no quería ver allí ninguna cara extraña.

Mr. de Caulaincourt, paralizado en cierto modo, estaba cerca de la cama donde parecía extinguirse aquella existencia prodigiosa, cuando el rostro de Napoleón se contrajo de repente. Sufrió agudos dolores y trataba de resistirlos. Muy luego unos espasmos violentos indicaron los vómitos. Después de haber resistido á este movimiento de la naturaleza, Napoleón tuvo que ceder y arrojó una parte de la poción que había tomado en una jofaina de plata que sostenía Mr. de Caulaincourt. Este aprovechó la ocasión para alejarse un instante á pedir socorro. El doctor Iván se presentó, y á su presencia se aclaró todo. Napoleón le pidió un nuevo servicio, y era que renovase la dosis del opio, temiendo que no fuera suficiente la que había tomado. El doctor Ivan se irritó al oír una proposición semejante. En Rusia había podido hacer un servicio de esa especie á su soberano para ayudarle á evitar una situación horrible, pero deploraba amargamente haberlo hecho, y como insistiera Napoleón, el doctor se salió del cuarto, donde no volvió á presentarse. En aquel momento llegaron el general

Bertrand y Mr. de Basano. Napoleón recomendó que se divulgara lo menos posible ese triste episodio de su vida, prometiéndose aún que sería el último. En efecto, había lugar á creerlo así, pues parecía estar postrado y casi moribundo: Napoleón cayó en letargo que duró algunas horas.

Sus fieles servidores se quedaron inmóviles y consternados en su derredor. De tiempo en tiempo sentía crueles dolores de estómago, y dijo varias veces: «¡Qué difícil es morir, cuando en el campo de batalla es tan fácil! ¡Ah! ¡Por qué no he muerto en Arcis del Aube!»

La noche se acabó sin nuevos accidentes, y Napoleón empezó á creer que no vería entonces el término de su vida, así como lo creían también los personajes que le rodeaban, muy contentos porque no había muerto, sin estar muy satisfechos con respecto á él porque vivía. Estando en esto, anunciaron al mariscal Macdonald, quien, antes de salir de Fontainebleau, deseaba presentar sus respetos al emperador sin corona. «Recibiré con gusto á este digno hombre, dijo Napoleón, pero que espere, no quiero que me vea en este estado.» Por su parte, el conde de Orloff esperaba las ratificaciones que había ido á buscar. Esto sucedía en la mañana del 12, y como era el día señalado para la entrada del conde de Artois en París, muchos personajes deseaban marcharse de Fontainebleau. Napoleón quiso reponerse un poco antes que entrara nadie á verle.

Una vez que salió de aquel letargo bastante prolongado, Mr. de Caulaincourt y uno de los tres personajes iniciados en el secreto de su envenenamiento, tomaron á Napoleón en sus brazos y lo transportaron cerca de una ventana que tenían abierta: el aire le reanimó sensiblemente. «El destino lo ha querido, dijo á Mr. de Caulaincourt, es preciso vivir, y esperar á ver lo que quiere de mí la Providencia.» Después consintió en recibir al mariscal Macdonald. Este fué introducido sin que le descubrieran el secreto que ocultaban á todos, y encontrando á Napoleón tendido en un sofá en un estado de abatimiento muy visible, se espantó y le manifestó respetuosamente el dolor que le causaba verle de aquel modo (1). Napoleón atribuyó su estado actual á los dolores de estómago que padecía, y que anunciaban ya la enfermedad de que murió. Luego estrechó afectuosamente la mano del mariscal y le dijo: «Sois un hombre honrado, cuya generosa conducta aprecio como es debido, y quisiera manifestaros mi gratitud de otro modo que con palabras. Pero ya no dispongo de honores ni de dinero, y, por otra parte, esto sería indigno de vos. Pero puedo ofreceros una memoria que me prometo os será muy grata.» Y pidiendo un sable que estaba cerca de su cabecera y presentándose al mariscal, añadió: «Aquí tenéis el sable de Murad-Bey, que fué uno de los trofeos de la batalla de Abukir, y que he llevado yo con frecuencia. Conservadlo como memoria de nuestras últimas relaciones y lo transmitiré á vuestros hijos.» El mariscal aceptó con viva emoción esta noble prenda y abrazó al emperador con efusión. Entonces se separaron para no volverse á ver, aunque ninguno de los dos hubiese concluido aún su carrera. El mariscal marchó inmediatamente á París. Berthier ha-

(1) Es el mismo relato del mariscal en sus Memorias, inéditas todavía. (N. del A.)

bía partido también prometiendo volver, pero de una manera que no había inspirado una gran confianza á su antiguo soberano. «Veréis cómo no vuelve,» dijo Napoleón con tristeza, pero sin amargura.

Durante este intervalo, Mr. de Caulaincourt había tenido tiempo de despachar las ratificaciones del tratado del 11 de abril, que había entregado al conde Orloff revestidas de la firma imperial. Después se volvió cerca de Napoleón, que acababa de recibir una carta de María Luisa, sumamente afectuosa. En esta carta le daba las noticias más satisfactorias de su hijo; le manifestaba el afecto más absoluto, y le comunicaba la resolución de reunirse con él lo más pronto posible. Su lectura produjo en Napoleón un efecto extraordinario; pareció que se reconciliaba con la vida, era como si una nueva existencia se hubiese ofrecido á su poderosa imaginación. «La Providencia lo ha querido, dijo á Mr. de Caulaincourt, ¡viviré!... ¡Quién puede penetrar el porvenir! Por otra parte, mi mujer y mi hijo me bastan. Los veré, los veré con frecuencia sin duda; y cuando se convengan que no pienso en salir de mi retiro, me permitirán que los reciba, quizá me consentan ir á verlos, y entretanto escribiré la historia de lo que hemos hecho... ¡Caulaincourt, exclamó, yo inmortalizaré vuestros nombres!...» Entonces aficionándose con una ligereza prodigiosa á esa nueva existencia cuya imagen acababa de trazarse, se ocupó de los detalles de su establecimiento en la isla de Elba; quiso que Mr. de Caulaincourt fuese en persona cerca de María Luisa y de los soberanos aliados, para disponer el modo de reunirse con su esposa. No había pensado en reservarse ningún dinero; todos los fondos del ejército estaban gastados. María Luisa conservaba todavía algunos millones que él quería dejarla para que no tuviera que pedir nada á nadie, y sobre todo á su padre. Únicamente, después de demostrada la necesidad de recurrir á este único recurso, consintió en que se hicieran algunas particiones. Encargó á Mr. de Caulaincourt que fuera á verla, y le aconsejara de nuevo que pidiese una entrevista al emperador Francisco, que, quizá conmovido por su presencia, le concediera la Toscana. En seguida debía salir á encontrarle por Orleans, en el camino del Borbonés. No obstante, recomendó mucho á Mr. de Caulaincourt que no instara á María Luisa para que se reuniera con él, que sobre esto dejara hablar á su corazón, pues dijo repetidas veces: «Conozco á las mujeres, y sobre todo á la mía. ¡Ofrecerla en vez de la corte de Francia, tal como yo la había hecho, una cárcel, es una prueba inmensa! Si me viniera con un rostro triste ó aburrido, me daría mucha pena; prefiero la soledad al aspecto de la tristeza ó del enojo. Si su inspiración la trae hacia mí, la recibiré con los brazos abiertos; si no, que se quede en Parma ó en Florencia, allí donde pueda reinar; yo no la pediré más que mi hijo.» Después de manifestar estos escrúpulos, Napoleón se ocupó en los pormenores de su viaje. Habían pensado que le acompañaran á la isla de Elba comisarios de las potencias, y Napoleón pareció desear ante todo la presencia del comisario inglés. «Los ingleses, dijo, son un pueblo libre, y se respetan.» Arreglados estos detalles, se separó de Mr. de Caulaincourt, repitiéndole sus manifestaciones de confianza absoluta y de eterna gratitud. Mr. de Caulaincourt partió para ir á

llenar su misión cerca de María Luisa y de los soberanos.

En tanto que pasaba en Fontainebleau esta triste escena, otra muy diferente pasaba en París, pues en medio de las perpetuas vicisitudes de este mundo, la alegría, corriendo incesantemente de unos á otros, viene á lucir de repente en semblantes largo tiempo sombríos, dejando sumidos en lúgubre tristeza los rostros en donde no había cesado de resplandecer un solo instante. Con efecto, todo era agitación, solicitud y demostraciones de adhesión en derredor del conde de Artois, que iba á hacer su entrada solemne en París.

Mr. de Vitrolles había llegado cerca del príncipe el día 7, y le había encontrado en Nancy asistiendo á un *Tedém* que se cantaba para celebrar lo que llamaban la conclusión de la servidumbre en Francia. El conde de Artois sintió una emoción bien natural al saber que iba á entrar por fin en la ciudad de París, que había dejado en 1790 para vivir en el destierro como una cuarta parte de siglo. Tenía á su lado á varios amigos fieles, Mr. Francisco de Escars, Mr. Julio de Polignac, Mr. Rogerio de Damas, Mr. de Bruges, y el abate de Latil, que eran partícipes de su alegría y se preparaban á acompañarle á la capital. Dejó al conde Rogerio de Damas en Nancy, para que, con el título de gobernador, se hiciese cargo de la administración de la Lorena, y provisto de un uniforme de guardia nacional, se puso en camino á fin de estar en las cercanías de París el día que se señalara para su entrada.

Las provincias que atravesaban estaban en la más horrible devastación; cadáveres de hombres y de caballos infestaban los caminos; las granjas eran montones de cenizas; los puentes se hallaban fortificados ó cortados; por último, las poblaciones estaban en fuga ó escondidas, y se mostraban sólo cuando oían otro ruido cualquiera que el del cañón. Todos se llenaban de alegría cuando les anunciaban la paz, y de sorpresa cuando á esa noticia añadían la de la vuelta de los Borbones. El nombre de esos príncipes helaba su júbilo, pues en las provincias del Este Napoleón era todavía para los habitantes el defensor de la patria aunque con su política se hubiese hecho muchos enemigos. En Chalóns casi todo el mundo estaba ausente. En Meaux, el obispo, el prefecto, los funcionarios y los principales habitantes habían abandonado la ciudad para no asistir á la llegada del príncipe. Sin embargo, el conde de Artois, en cuanto podía hacerse ver ú oír, no dejaba de granjearse simpatías. La tarea era fácil, pues aunque no de gran saber, era hombre que se expresaba fácilmente, que tenía un semblante noble con todo el carácter de su familia, nariz aguileña y labio caído, una gran expresión de bondad y un deseo de complacer á todos que debía ganarle los corazones. En Chalóns y en Meaux acabó por vencer la frialdad de los que pudo reunir, y los dejó mucho mejor dispuestos de lo que los había encontrado.

Al acercarse á París, Mr. de Vitrolles recibió una carta de Mr. de Talleyrand, en que le decía lo que había pasado, esto es, la adopción y la publicación de la Constitución del senado; la obligación impuesta al rey de jurar esta Constitución antes de posesionarse del gobierno; por consiguiente, la obligación para el conde de Artois de contraer un compromiso cualquiera antes de ser reconocido como lugarteniente general del reino,

y en fin, el deseo universal de las personas razonables, especialmente de los soberanos aliados, de ver la escarapela tricolor adoptada por los Borbones. Al recibir esta carta, Mr. de Vitrolles corrió á ver al conde de Artois, y protestó contra lo que él llamaba la indolencia y la ligereza de Mr. de Talleyrand, que, según decía, no sabía resistir á ninguna exigencia, y por falta de firmeza en las cosas hacía promesas á unos y á otros, sin cumplir su palabra á nadie. El conde de Artois tenía el alma tan llena de gozo que era difícil entonces entristecerla por ninguna causa. Él y sus amigos tenían en sí una repugnancia intuitiva por la escarapela tricolor, pero las sutilezas constitucionales les afectaban menos, y el conde de Artois, sorprendido de la ira de Mr. de Vitrolles, hubo de preguntarle si todo lo que le anunciaba era en el fondo tan malo que debiera encolerizarle de aquel modo, hasta el punto de promover un escándalo. El príncipe procuró calmar á Mr. de Vitrolles, y se convino que este último iría secretamente á París para zanjar las principales dificultades. Durante este tiempo, el príncipe continuó su viaje y fué á pernoctar al castillo de Livry.

Habiendo llegado Mr. de Vitrolles el 11 por la noche al palacio de la calle de San Florentino, encontró allí lo mismo que había dejado, es decir, una extremada confusión, los cosacos tendidos en el patio sobre montones de paja, en el piso principal al emperador Alejandro rodeado de su estado mayor, en el piso bajo al gobierno provisional con los miembros de este gobierno en una pieza, algunos escribientes en otra, y á Mr. de Talleyrand yendo y viniendo de unos á otros, acogiendo á los pretendientes con una sonrisa insignificante, á los amigos de dar consejos con un movimiento de cabeza que no le comprometía á nada, reservando siempre sus conclusiones y dejando hacer al tiempo, que hace muchas cosas sin duda, pero que sin embargo no las hace todas. Mr. de Vitrolles, siempre muy activo, pero menos condescendiente á medida que su príncipe estaba más cerca de París, se encolerizó hasta lo sumo contra la escarapela tricolor, y contra el juramento exigido á Luis XVIII, antes de la investidura regia, y trató de dar á entender que se negarían á pasar por tales condiciones. El rostro pálido é irónico de Mr. de Talleyrand era muy á propósito para desconcertar á la gente impetuosa; se sonrió de las amenazas de Mr. de Vitrolles y después entró en explicaciones.

Respecto á la escarapela había sobrevenido un incidente bastante singular, casual ó combinado, que había simplificado mucho la dificultad. Apenas había sido publicada la Constitución, cuando algunos realistas, ebrios de gozo, se habían esparcido por las provincias, anunciando la vuelta de los Borbones y luciendo la escarapela blanca en sus sombreros, como si esta señal estuviera ya admitida por todos. Dos ó tres de ellos habían ido á Ruán, cerca del mariscal Jourdan, que mandaba en esa división militar, y que, por su aversión al imperio y sus opiniones liberales y monárquicas, se hallaba bien dispuesto hacia los Borbones, llamados con buenas leyes; le habían encontrado pronto á adherirse á los actos del senado; y como además le habían dicho que había sido admitida en París la escarapela blanca, el mariscal Jourdan, que no daba importancia más que al acto esencial, del llamamiento de los Borbo-

nes con una Constitución liberal, se había dirigido á las tropas para anunciarles la nueva revolución, invitándolas á adherirse á ella y prescribiéndolas la escarapela blanca, en lo cual les había dado el ejemplo poniéndosela él. Como sólo trataba con destacamentos diseminados, con depósitos sin consistencia, el mariscal no había encontrado resistencia alguna, la escarapela blanca había sido aceptada por las tropas, y había enviado esta noticia á París como una circunstancia determinante; de manera que en Ruán habían tomado la escarapela blanca, creyendo seguir el ejemplo de París, y en París iban á tomarla creyendo seguir el ejemplo de Ruán. Considerando así la cuestión como resuelta, por una decisión del 9, habían ordenado á la guardia nacional parisiense que tomara la escarapela blanca, contra la cual había protestado en un principio. Sobre este punto la dificultad estaba casi vencida, al menos en lo tocante á la guardia nacional, y como el conde de Artois debía llevar el uniforme de esta guardia, que era tricolor, les pareció haber operado una especie de transacción entre las dos banderas. Quedó admitido, pues, que el conde de Artois entraría con la escarapela blanca en el sombrero y vestido con el uniforme tricolor de guardia nacional.

En cuanto á la Constitución, el arreglo era más difícil. Mr. de Talleyrand, Mr. de Dalberg y Mr. de Jaucourt, miembros del gobierno provisional, discutían esta cuestión con Mr. de Vitrolles, y no sabían cómo resolverla. Entretanto, habiéndose introducido en el palacio de Mr. de Talleyrand algunos de los personajes que le asediaban, les admitieron en la consulta y juntos procuraron ver cómo se podría investir al conde de Artois de su cargo de lugarteniente general del reino, sin violar las decisiones del senado y sin obligar al conde de Artois á un compromiso que no era de su gusto, y que no estaba autorizado para contraer, pues no había tenido tiempo de consultarlo con Luis XVIII. Un expediente se presentó y era que dimitiera Mr. de Talleyrand su cargo de presidente del gobierno provisional, y se transmitiera esa presidencia al conde de Artois. Pero aun en este caso era precisa la intervención del senado, y, para obtenerla, no podían menos de ligarse de algún modo con este cuerpo. Importunado con semejantes dificultades, Mr. de Talleyrand dijo á Mr. de Vitrolles: «Entrad y veremos después.» Así, según su costumbre, dejaba á las cosas el cuidado de que se arreglaran por sí mismas, ya que ellos no sabían arreglarlas por su propia mano.

El 11 por la tarde Mr. de Vitrolles se volvió al castillo de Livry, después de quedar de acuerdo en que al día siguiente, 12 de abril, el conde de Artois haría su entrada en París. Mr. de Talleyrand, que tenía á su disposición á Mr. Ouvrard, que acababa de salir de las cárceles imperiales, y siempre afamado por su lujo, le encargó que fuera al castillo de Livry á hacer los preparativos de la recepción; también enviaron al mismo punto á la guardia nacional de caballería, con seiscientos hombres de infantería de la misma guardia, para que sirvieran de escolta de honor al príncipe. Éste, radiante de alegría, les acogió con una cordialidad que les conmovió muchísimo, y como si hubiese querido disculpar el efecto de la escarapela blanca colocada en su sombrero, les dijo que se había procurado en Nancy un uniforme igual al suyo, y que, al día siguiente, entraría en París vestido como ellos, y con los mismos sentimientos

en el corazón. Estas palabras fueron contestadas con aclamaciones y en aquel instante los hombres de opiniones más encontradas parecían hallarse de acuerdo.

Al día siguiente 12, desde muy temprano, una afluencia considerable de gente había invadido el camino y las calles que desembocaban en la barrera de Bondy. Los hombres que habían nacido realistas y aquellos á quienes convirtió al realismo la revolución, cuyo número no era escaso, habían tomado la delantera, con el fin de asistir á un espectáculo bien imprevisto para ellos, pues después del cadalso de Luis XVI, después de las victorias de Napoleón, ¿quién habría creído jamás que París se abriría aún para recibir á los Borbones en triunfo? Y, sin embargo, con un poco de reflexión se habría podido pronosticar, pues así que se traspasa el límite razonable y justo de las revoluciones, preciso es contar con cambios violentos y repentinos. Pero, ¿quién es el que reflexiona, sobre todo entre las masas? En aquella época, tantas personas habían perdido á sus padres, sus hermanos y sus hijos en el cadalso ó en el campo de batalla; tantos habían visto dispersada su familia y su patrimonio destruido, que su emoción era muy profunda, sólo con la idea de volver á ver un príncipe que era para ellos la imagen viva de un tiempo en que habían sido jóvenes, en que habían creído haber sido dichosos, y cuyos vicios habían olvidado. De este modo, esperando la próxima aparición del príncipe, miles de rostros estaban conmovidos y algunos bañados en lágrimas. La prudente clase media de París, que es siempre la justa expresión del sentimiento público, unida largo tiempo á Napoleón, que le había procurado el descanso con la gloria, y separada de él únicamente por sus faltas, había comprendido desde luego que, destruido Napoleón, los Borbones eran sus sucesores necesarios; que el respeto que rodeaba su título al trono, que la paz, cuya certeza traían, que la libertad, que podía conciliarse también con su antigua autoridad, eran para la Francia prendas de una felicidad apacible y duradera. Esta clase media se hallaba animada, pues, de los mejores sentimientos respecto de los Borbones y dispuesta á arrojar en sus brazos, si ellos la demostraban un poco de buena voluntad y de buen sentido. La agradable fisonomía del conde de Artois era muy propia para favorecer estas disposiciones y convertirlas en un afecto universal.

A eso de las once de la mañana, el conde de Artois, rodeado de un gran número de personajes á caballo, pertenecientes á todas las clases, pero sobre todo á la antigua nobleza, se dirigía hacia la barrera de Bondy. A cada instante llegaban para reunirse al cortejo funcionarios de alta categoría, oficiales franceses y extranjeros, y en cuanto eran reconocidos, las filas se abrían para darles paso hasta cerca del príncipe. Los realistas, que rodeaban al conde de Artois, estaban muy animados. Si entre estos personajes recién llegados había algunos de la antigua nobleza cuya fidelidad hubiese vacilado un momento, los gritos frenéticos de *¡viva el rey!* que estallaban en su presencia, demostraban que los realistas no practicarían el olvido ni siquiera en su comunión política. Mr. de Montmorency, adicto al imperio cuando todo lo era en Francia, ayudante mayor general de la guardia nacional, fué recibido á su llegada, con su jefe, el general Dessoles, á los gritos afectados de *¡viva*

el rey!, como si hubiese habido necesidad de enseñar á los Montmorency el amor á los Borbones. Cuando se adelantaban hacia la barrera vieron aparecer un grupo de jinetes de gran uniforme y con penacho tricolor: eran los mariscales Ney, Marmont, Moncey, Kéllermann y Serurier, que no se habían quitado aún los colores que eran los del ejército. Los gritos se repitieron, pero sin violencia, pues á la vista de estos hombres temibles un instinto rápido había hecho conocer aún á los amigos más fogosos del príncipe, que era preciso contenerse. El mariscal Ney se encontraba á la cabeza del grupo. En la contracción de su enérgica fisonomía podía leerse un malestar extremado, aunque sin ningún temor, pues nadie se había atrevido á faltarle al respeto. Al grito de ¡Ahí están los mariscales!, los que rodeaban al príncipe se separaron con presteza, y el conde de Artois, dirigiendo su caballo á ellos, les estrechó las manos á todos. «Señores, les dijo, bienvenidos seáis, vosotros que habéis llevado á tantos sitios la gloria de la Francia. Podéis creer que mi hermano y yo no hemos sido los últimos en aplaudir vuestras hazañas.» Colocado al lado del príncipe y enternecido con su acogida, el mariscal Ney recobró muy luego una actitud más natural. Cerca de la barrera encontraron al gobierno provisional, con su presidente á la cabeza, que salía á recibir al conde de Artois á las puertas de la capital. Mr. de Talleyrand pronunció algunas palabras corteses, respetuosas y breves, á las cuales el príncipe le respondió del modo feliz que aquella situación le inspiraba. Después se encaminaron hacia Nuestra Señora, siguiendo los barrios principales de París. En los arrabales el espectáculo no fué de los más animados, pero en los bulevares fué distinto. La clase media, sensible á la esperanza de la paz y del reposo, muy conmovida por los recuerdos que se agolpaban á todos los espíritus, y satisfecha con el buen aire del príncipe, le hizo la acogida más cordial. La emoción crecía á medida que se aproximaban á la catedral. En la puerta de la iglesia, el conde de Artois fué recibido por el capítulo. Con mucho empeño habían logrado alejar al cardenal Maury, arzobispo de París interino, colmándole de ultrajes, durante ocho días, en todos los periódicos parisienses. De este modo el intrépido defensor de la causa real en la Asamblea constituyente, por algunos actos de debilidad hacia el imperio, no había obtenido el olvido prometido á todos. El príncipe, conducido bajo el palio al sillón real, fué objeto, aun dentro de la iglesia, de las demostraciones más ardientes. Todos los altos funcionarios del Estado y todos los estados mayores se hallaban reunidos en la basílica; únicamente faltaba el senado, que habiendo recobrado la dignidad de actitud que habría debido conservar siempre, no quería asistir á ninguna ceremonia que pudiese significar por su parte el reconocimiento de la autoridad de los Borbones, hasta tanto que ellos no se hubiesen comprometido con respecto á la Constitución. Las aclamaciones resonaron de nuevo cuando el clero pronunció estas palabras sacramentales: *Domine salvum fac regem Ludovicum*, y el conde de Artois, que no las había oído desde que su augusto hermano había ido al cadalso, no pudo contener sus lágrimas.

Terminada la ceremonia, el conde de Artois fué conducido á las Tullerías en medio de la misma afluencia y de aclamaciones más significativas á cada instante. En

la puerta del palacio de sus padres, fué preciso sostenerle á causa de su emoción, y los asistentes, anegados en lágrimas, repitieron mil y mil veces los gritos de *viva el rey!* Llegado al primer piso del palacio, dió las gracias á los que le habían acompañado y á los mariscales en particular, que entonces debieron retirarse. Estos últimos, al salir de las Tullerías dejando al príncipe en medio de los altos personajes de la emigración, comprendieron ya que serían unos hombres extraños en aquella corte para cuyo restablecimiento habían trabajado; y una mirada de desconfianza y de dolor indicó este penoso sentimiento sobre sus frentes (1). La impresión que el suceso del día causó en la capital fué de las más vivas. El príncipe, por su gracia, su sincera emoción y la oportunidad de su lenguaje, había contribuido sin duda á esta emoción; pero en suma se debía á los grandes recuerdos del pasado, que en aquella ocasión supieron despertar con tanta fuerza. Parecía que la nación y la antigua monarquía se hubiesen hablado en estos términos: «Hemos buscado la felicidad los unos sin los otros, sin hacer otra cosa que caminar por entre sangre y ruinas; reconciliémonos y seamos dichosos haciendo concesiones mutuas.» Es cierto que no se lo decían con esta claridad, pero lo sentían así confusa y profundamente, y si los recuerdos que en aquel momento conmovían tanto las almas, hermanándolas entre sí, no venían luego á separarlas, después de haberlas reunido, la Francia podía ser dichosa disfrutando de una tranquila libertad bajo el cetro de sus antiguos reyes. Pero ¡cuánta prudencia y sabiduría habrían debido tener todos para que así fuera! Sin embargo, era permitido esperar lo, y con fundamento se podía creer que la gran víctima de Fontainebleau, inmolada por su culpa al bienestar público, bastaría para asegurar esa felicidad tan deseada.

Al día siguiente las Tullerías continuaron abiertas, y todo el que se presentaba con un nombre cualquiera, si podía recordar que, en una situación determinada, había visto á los príncipes y había padecido con ellos ó por ellos, era acogido por el conde de Artois con un afectuoso apretón de manos. En un instante se repetían en todo París las palabras pronunciadas por el príncipe, y la lisonja, secundando las pasiones, comparaba su persona buena y afable con la brusca y dura persona del usurpador destituido. No se oían ni se leían más que eternas comparaciones entre la tiranía recelosa, y á veces cruel, del soldado advenedizo, y la autoridad paternal, suave y benéfica de los antiguos príncipes legítimos. Sobre este tema se improvisaban dichos más ó menos justos. «Hemos tenido bastante gloria, decía Mr. de Talleyrand al conde de Artois, traednos el honor.» El genio estaba tan en descrédito como la gloria. Estas palabras de genio y de gloria, tan enojosamente repetidas hacía quince años, habían sido reemplazadas con otras en el vocabulario de los aduladores, y no se oía hablar más que del derecho, de la legitimidad y de la antigua sabiduría. Así cada época tiene su lenguaje en boga, que es preciso concederle, sin darle más de la importancia conveniente.

Instalados los Borbones en las Tullerías, no faltaba más que sacar de Francia, con destino á su retiro, al león vencido y encerrado en Fontainebleau. Mr. de

(1) Son las palabras del relato de Mr. de Vitrolles. (N. del A.)

Caulaincourt había recibido la misión de arreglar con los soberanos extranjeros los detalles del viaje de Napoleón por en medio de la Francia, viaje difícil á causa de las provincias meridionales por las cuales era preciso atravesar. Se había convenido en que cada una de las potencias beligerantes, la Rusia, la Prusia, el Austria y la Inglaterra, enviaría un comisario, encargado de representarla cerca de Napoleón y de asegurar el respeto á su persona y la ejecución del tratado del 11 de abril. Al designar á Mr. de Schouvaloff como su comisario, Alejandro le había dicho en presencia de Mr. de Caulaincourt: «Vuestra cabeza me responde de la de Napoleón, pues nos va en ello el honor, y el primero de nuestros deberes es hacerle respetar y que llegue sano y salvo á la isla de Elba.» Este monarca había mandado al mismo tiempo uno de sus oficiales cerca de María Luisa, para que no molestaran á ésta, ni los cosacos, ni los furibundos del partido realista, naturalmente más numerosos en las márgenes del Loira que en otros puntos. María Luisa, á quien hemos dejado en el camino de Blois después de la batalla de París, había viajado poco á poco, desesperada el alma, temblando por la vida de su esposo, por la corona de su hijo, por su suerte también, y sin saber proporcionar, por falta de luces, todos estos temores á la extensión real del peligro. Sucesivamente le habían llegado las noticias de la toma de París, del regreso de Napoleón hacia esta capital, de su abdicación, y en fin de la concesión del ducado de Parma para ella y su hijo. Durante esas peripecias María Luisa había sufrido cruelmente, pues aunque no estuviese dotada de la fuerza que produce los grandes sacrificios, era dulce y bondadosa, quería á Napoleón y profesaba un verdadero cariño maternal al rey de Roma. El hermoso ducado de Parma, donde iba á reinar sola, era, sin duda, una indemnización de lo que perdía; no obstante, en aquel momento pensaba poco en ello, y la vista de su esposo, que había pasado del más alto de los tronos á una especie de encierro, afectaba á su alma débil, pero no insensible. Siguiendo su propio impulso y en virtud de los consejos de madama de Lucay, había pensado un instante en correr á Fontainebleau para arrojarle en brazos de Napoleón y no dejarle ya nunca; pero la había detenido en su propósito el deseo de ver á su padre, con el fin de obtener la Toscana, deseo que había fomentado en ella el mismo Napoleón. Además un incidente que, aunque insignificante, la había producido la impresión más penosa, vino á indisponerla mucho con los Bonapartes. Sus cuñados, viendo que el enemigo se acercaba al Loira, la habían aconsejado que se retirase á la orilla opuesta, lo que ella no quería, y lo que había producido una disputa tan acalorada que hubieron de oírle sus servidores, y corrieron, por decirlo así, á su socorro. De este altercado conservó una irritación suma, y cuando los oficiales de Alejandro y del emperador Francisco llegaron á tomarla bajo su protección, María Luisa se había entregado á ellos con gusto, no dudando que iba á ser con su hijo una prenda que guardaría preciosamente la coalición. En seguida se había convenido que marcharía á Rambouillet, para recibir allí la visita de su padre.

Antes de su partida, la protección de la Rusia y del Austria no pudo evitarla una especie de ultraje que es demasiado ordinario en medio de semejantes catástro-

fes. Al salir de París, se había llevado el resto del tesoro personal de Napoleón, consistente en diez y ocho millones en oro y plata, y en una vajilla de mucho valor, con más los diamantes de la corona. Los diez y ocho millones eran lo último de las economías de Napoleón sobre su asignación, y la vajilla de oro era de su pertenencia particular. De estos diez y ocho millones se habían enviado algunos á Fontainebleau para pagar al ejército y para los gastos del cuartel general, y, en virtud de orden expresa de Napoleón, María Luisa había guardado dos millones en sus carruajes para su propio uso: quedaban, pues, unos diez millones en las cajas de la corte fugitiva. El gobierno provisional, falto de dinero, había enviado agentes en pos de María Luisa, para que se apoderaran de este tesoro, bajo el pretexto de que se componía de sumas substraídas de las cajas del Estado. No era así, pero ¿quién pensaba en la verdad y en la justicia en semejantes circunstancias?

Siguiendo otra costumbre de los tiempos de crisis, eligieron para agente á un enemigo, que sacaron además de las clases inferiores de los empleados; era Mr. Dudón, expulsado del Consejo de Estado por orden de Napoleón. Este agente había pasado á Orleáns y se había apoderado de los diez millones que estaban en las cajas del tesoro, de la vajilla personal de Napoleón y de una parte de los diamantes de María Luisa, á pesar de las reclamaciones de ésta y de los esfuerzos de los comisarios extranjeros para evitarla semejante desgracia. En seguida volvieron á París con estos despojos imperiales, de que tenía gran necesidad el nuevo gobierno.

De Orleáns, María Luisa se fué á Rambouillet, para esperar á su padre. El emperador de Austria, que había entrado el 15 de abril en París, donde había sido recibido con gran pompa por sus aliados, y con mucha frialdad por el pueblo parisiense, que juzgaba severamente la conducta del padre de la emperatriz, pasó á Rambouillet con el fin de ver á su hija; la colmó de manifestaciones de ternura, y se esforzó en persuadirla que todas sus desgracias eran imputables á su marido; que el Austria no había descuidado nada para conseguir una paz honrosa, primero en Praga, luego en Francfort y por último en Chatillón; que jamás Napoleón había querido aceptarla; que sin duda era un hombre de genio, pero que estaba completamente desprovisto de razón, y contra el cual había tenido que recurrir la Europa á las últimas extremidades; que, por su parte, había tenido que obrar como había obrado; que sus deberes de soberano habían debido ser más atendibles que su ternura de padre, pues había proporcionado á su hija un hermoso principado en Italia, donde reinaría como soberana, donde podría ocuparse de su hijo y prepararle un buen porvenir; que los miembros más favorecidos de la casa imperial rara vez habían logrado tanto; que cuando pasara aquella terrible tormenta, si quería visitar á su esposo, y aun vivir con él, podría hacerlo, pero que, en la actualidad, lo más prudente era irse á descansar en Viena de las emociones que la habían agitado tan profundamente; que allí estaría rodeada de los cuidados de su familia hasta tanto que pudiese pasar á Parma ó aun á la isla de Elba, pero que á la sazón sería para ella muy penoso y poco conveniente tratar de reunirse con Napoleón para atravesar la Francia como prisionera; que él sería más bien un estorbo que un socorro; que la vida y la se-